ROMANCE HISTÓRICO

JUDITH STACY

Tregua de Amor



Harlequin Internacional

JUDITH STACY

Tregua de Amor



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Dorothy Howell. Todos los derechos reservados.
TREGUA DE AMOR, Nº 414 - mayo 2010
Título original: The One Month Marriage
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2008.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8467-9
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

Los Ángeles, 1897

Así que ella regresaba a casa. Brandon Sayer se quedó mirando el telegrama que tenía encima de los papeles y los libros de contabilidad del escritorio. Jana volvía a casa. Su mujer, si podía llamarla así después de tanto tiempo, regresaba.

Brandon se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Sus pasos no resonaron sobre la gruesa alfombra. Descendió la mirada hacia la esquina de Broadway con la Tercera, el área de negocios más prestigiosa de la ciudad de Los Ángeles. El tranvía, los carros de reparto y los coches de caballos privados se entrecruzaban en la intersección. Los peatones corrían a toda prisa por la calle, temiendo por su vida. Brandon apretó la palma de la mano contra el cristal de la ventana.

Jana volvía a casa.

Después de tanto tiempo.

¿Brandon?

Se apartó de la ventana y vio a Noah Carmichael en el umbral de la puerta. Tuvo la sospecha de que Noah había pronunciado su nombre varias veces. Más atrás, el sonido de las teclas de las máquinas de escribir y el murmullo de voces de los trabajadores de Brandon se coló a través de la puerta.

—¿Tu cerebro está cocinando otra idea brillante de las tuyas? —preguntó Noah con la sonrisa que sus muchos años de amistad y sus exitosos negocios le habían dibujado en el rostro.

Brandon no respondió. No sabía qué decir. Una sensación curiosa para un hombre que, en los últimos cinco años, había levantado un imperio que rivalizaba con los más grandes industriales de ambas costas.

Noah frunció el ceño y dejó a un lado el fajo de papeles que había llevado consigo al despacho.

—¿Qué ocurre?

Brandon se lo quedó mirando fijamente un instante y luego señaló con escasa convicción

el escritorio. Noah agarró el telegrama, lo leyó dos veces y volvió a dejarlo en su sitio.

—¿Va a volver? —Noah sacudió la cabeza—. Dios mío, ¿cuánto tiempo ha transcurrido?

—No estoy seguro —respondió Brandon. Pero sí lo estaba. Con exactitud.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Noah.

El otro hombre se encogió de hombros.

—¿Por qué tendría que hacer algo?

—Ha estado fuera todo este tiempo sin dar señales de vida. ¿Y de pronto regresa? Tienes que hacer algo.

—Es mi esposa.

—Yo no diría tanto.

Brandon volvió a girarse hacia la ventana. No podía discutir con Noah. Todo lo que estaba diciendo era verdad. Tras tres meses de matrimonio, Jana se había marchado. Sencillamente, hizo las maletas y desapareció. Sin previo aviso, sin ninguna explicación. Sólo supo de ella en una ocasión gracias a un telegrama que envió unos días después de su brusca partida. Había ido a casa de su tía, en San Francisco. Partían hacia Europa para visitar a una prima.

Y ahora volvía a casa.

Brandon sintió un nudo de emoción en el estómago.

Su esposa volvía a casa. Después de un año, dos meses y seis días, volvía a casa.

Gracias a Dios.

—Creo que ya estamos todos instalados —informó Jana Sayer cuando entró en el vestíbulo de la suite del hotel e hizo un gesto detrás de ella, señalando el pasillo que daba a las habitaciones.

Su tía, Maureen Armstrong, se reclinó en la silla. Era alta y tenía el cabello oscuro con algún toque de gris, y poseía un alma generosa y artística. Prefería su propia compañía a la de cualquier otra persona.

—Todas las maletas están ya deshechas —aseguró Jana. Se había ocupado ella misma de los asuntos importantes, y luego supervisó al grupo de sirvientes que las acompañaban en sus viajes transoceánicos.

—¿Entonces pedimos ya la cena? —preguntó Maureen alzando la vista del periódico que tenía en el regazo.

Jana se colocó un mechón de cabello oscuro

detrás de la oreja y se dejó caer en el sillón de orejas que había al lado de la ventana. Un profundo suspiro se le escapó de los labios. El viaje había sido duro, era muy tarde y estaba cansada.

—Yo no quiero nada —aseguró.

En el exterior, los tejados de Los Ángeles se oscurecían bajo la luz que se atenuaba. El hotel Morgan era uno de los mejores de la ciudad. Aquella suite, con su rica decoración de marfil, mármol, cristal tallado y telas de seda, era la mejor del establecimiento.

—Tal vez yo pida algo para mí —murmuró Maureen. Transcurrió un instante antes de que volviera a hablar, y cambió de tema—. Entonces, ¿mañana?

A Jana le dio un vuelco al corazón, y sintió una inesperada oleada de emoción.

—Sí, mañana —trató de controlar aquella energía con un suspiro—. Voy a ir mañana.

—¿Tan pronto? ¿Seguro que estás preparada? —le preguntó su tía con aquel modo tan cariñoso que a Jana le recordaba cuando era pequeña y estaba enferma o los días lluviosos.

Entonces su tía estaba siempre a su lado, dispuesta a saber en qué estaba pensando y a hacerla sentir mejor.

Maureen Armstrong llevaba haciendo justo eso dieciséis años, desde que los padres de Jana murieron cuando ella tenía cinco. Maureen nunca se casó, y crió a Jana en su mansión de San Francisco como si fuera la niña que siempre deseó tener.

—Quiero enfrentarme a esto cuanto antes —Jana se levantó y se acercó a la ventana.

Maureen cruzó las manos sobre el regazo.

—Estará enfadado —dijo con suavidad.

Sus tres primeros e infernales meses de matrimonio aparecieron como un destello en la mente de Jana. Los sentimientos que pudiera mostrarle Brandon al día siguiente no eran en absoluto su primera preocupación.

Lo cierto era que no sabía muy bien qué esperar de él. Brandon nunca había expresado ninguna emoción respecto a su partida. Jana recibió únicamente un telegrama de él, y además dirigido a la tía Maureen, poco después de la partida de Jana, preguntándole si había llegado bien. No había sabido nada más de su esposo. Nada. Hasta hacía tres meses. Entonces llegó una carta a su casa de Londres, diciéndole —no pidiéndole—, que volviera a casa.

Y allí estaba.

—Sé que para ti será difícil darle la noticia —aseguró Maureen.

Jana se giró con gesto decidido.

—¿Qué noticia? No tengo nada que decirle a Brandon.

—Jana, no puedes permitir que él piense… —Maureen se detuvo—. Cuando estuvimos todos estos meses en Europa, comprendo que no se lo contaras. Pero ahora que estamos aquí…

—No tiene por qué saberlo.

—Entonces, ¿para qué hemos venido? —preguntó Maureen,

Jana dejó escapar un suspiro.

—Para decirle a Brandon que quiero el divorcio.

Dos

Su casa.

O eso había creído ella.

Jana miró por la ventanilla del cabriolé cuando giró por West Adams Boulevard, el lugar que había sido su hogar durante tres meses. Brandon había construido aquella casa para ella. A su pesar, Jana sonrió al recordar el día que Brandon le dijo que su regalo de bodas sería una casa nueva en la prestigiosa zona de West Adams, en Los Ángeles. Jana estaba absolutamente emocionada. Todo lo relacionado con Brandon era emocionante… En aquel entonces.

Guapo, rico y triunfador. Brandon Sayer se había convertido al instante en la comidilla de la vida social de San Francisco cuando llegó a la ciudad por negocios y se introdujo en la

alta sociedad. Todas las jóvenes intentaban reclamar su atención. Pero Brandon sólo tenía ojos para una. Jana se removió en el asiento de cuero del carruaje al recordar la satisfacción de la tía Maureen cuando Brandon le preguntó si podía visitar a su sobrina.

Maureen, que nunca dejaba nada al azar —especialmente en lo que a Jana se refería—, había contratado a un detective privado para que ahondara en el pasado de aquel hombre que parecía demasiado bueno para ser verdad.

Pero la preocupación de su tía había sido en balde. Brandon Sayer, el nieto de uno de los industriales más reputados y ricos del Este, había llegado al Oeste para expandir la fortuna familiar por California. Sus padres habían muerto hacía tiempo y no tenía hermanos. Brandon se forjó un nombre propio gracias a sus méritos y construyó en Los Ángeles su propio y admirable imperio. Cuando pidió la mano de Jana a su tía tras un cortejo fugaz, Maureen se la concedió al instante.

Incluso ahora, Jana apenas podía recordar los detalles. Todo ocurrió demasiado rápido. Brandon regresó a Los Ángeles a dirigir sus

negocios, pero visitaba San Francisco todo lo que podía. Su romance a larga distancia continuó mientras se llevaban a cabo los preparativos de la boda. La tía Maureen preparó la magnífica boda que siempre había soñado para Jana. La joven se sintió como una princesa mientras avanzaba por el pasillo para convertirse en la esposa de Brandon.

Pasó de estar en un cuento de hadas a llorar sola en la cama por las noches.

El cabriolé se detuvo al llegar a la entrada, pero Jana no hizo amago de salir. Se inclinó hacia el lado de la ventana y miró aquella magnífica mansión que una vez fue su casa.

Constaba de tres plantas, y estaba construida completamente en madera de secuoya con ribetes de color café rojizo. Tenía un tejado inclinado, una gran entrada y una torre en la fachada principal., todo perfectamente encajado en medio de frondosos jardines de palmeras, arbustos, senderos muy cuidados y fuentes refrescantes. Escultores suecos especialistas en tallar la madera habían hecho el trabajo manual de la casa, tanto dentro como fuera. Los suelos y las ventanas estaban decorados con mármol italiano y cristal francés,

respectivamente; y los enseres fijos de la casa se habían fabricado en bronce.

Brandon no había reparado en gastos.

A Jana se le formó un nudo en la garganta. ¿Cómo era posible que una vida que había comenzado con tantas promesas se hubiera convertido en… aquello?

Durante un instante, consideró la posibilidad de decirle al cochero que regresara al hotel Morgan. Tal vez la tía Maureen podría acompañarla cuando se enfrentara a Brandon. Tal vez podía dejarle una carta advirtiéndole de sus intenciones. O dejar aquel asunto tan feo en manos de los abogados de su tía.

Jana le echó el freno a sus alocados pensamientos. No, no podía hacer ninguna de aquellas cosas. Tendría que enfrentarse a Brandon. Después de todo, ya no era la misma mujer que se había casado con él. Muchas cosas habían cambiado en los últimos catorce meses. Y sobre todo, había cambiado la propia Jana.

Aspiró con fuerza el aire para darse ánimos y permitió que el cochero la ayudara a bajar.

—Espéreme, por favor —le pidió deján-

dole una generosa propina—. No tardaré mucho.

Después de todo, ¿cuánto tiempo podía tardar una mujer en anunciarle a su esposo que se iba a divorciar de él?

—Gracias, señora —dijo el cochero despidiéndose con un toque en el sombrero antes de desaparecer.

Jana estiró los hombros y subió los escalones que llevaban a la doble puerta de entrada. Entonces se detuvo, sin saber qué hacer. No le parecía bien llamar, ni tampoco entrar sin más. Pero su dilema se resolvió cuando la puerta se abrió delante de ella.

¿Brandon?

A Jana le latía con fuerza el corazón contra el pecho y se le subió hasta la garganta. ¿Tendría buen aspecto? Había escogido para la ocasión una falda azul oscuro y chaqueta a juego con mangas de lana. Llevaba la blusa marfil cerrada hasta el cuello con un lazo. El sombrero de ala ancha impedía educadamente el contacto visual.

¿Tendría bien colocada la falda? ¿El sombrero recto? ¿Le gustaría a Brandon el tono del vestido que había escogido, o…?

—Ah, señora Sayer —Charles, el mayordomo de cabello cano, estaba en la puerta con lo más parecido a una sonrisa que Jana había visto jamás en el rostro del hombre

—Hola, Charles —lo saludó.

—Bienvenida a casa —dijo dando un paso atrás y haciéndole un gesto para que entrara.

Ella vaciló durante un instante. ¿Casa? Aquélla no era su casa. Su hogar estaba en San Francisco, con su tía, y no allí.

Jana apartó de sí aquel pensamiento, se recogió la falda y entró al vestíbulo.

El recibidor de mármol, la escalera de caracol, la tarima de madera, los cristales tallados, los olores… los recuerdos. Jana se detuvo sobre sus pasos.

Durante los últimos catorce meses se había preguntado con frecuencia si aquellos tres meses de matrimonio habían tenido lugar realmente, si no se habría tratado de un mal sueño, de una pesadilla. Pero no. Fueron reales. Jana trató de sobreponerse. Tenía que sobreponerse. Después de todo, no estaba sola en eso.

Un estremecimiento le recorrió la espina dorsal de arriba abajo.

Brandon.

Se dio la vuelta y lo vio acercándose a ella. Le temblaron las rodillas y el corazón le latió con fuerza contra el pecho.

Dios, qué guapo era. Alto, de hombros anchos, el cabello tostado dorado por el sol de California, y los ojos azules y penetrantes. Estaba todavía más guapo que hacía catorce meses. ¿Cómo era posible?

¿Y cómo podía ponerse ella nerviosa después de todo aquel tiempo?

Durante un instante, Jana sintió la apremiante necesidad de correr hacia él. Quería apoyarse en su pecho, sentir cómo sus brazos la estrechaban. Pero Brandon se detuvo al principio del vestíbulo, como si una línea invisible los separara y no quisiera traspasarla.

Su rostro estaba marcado por unas líneas de expresión duras y precavidas, en un gesto que Jana había visto muchas veces en él. Toda su emoción se desvaneció. Se recordó a sí misma por qué estaba allí… Y por qué se había marchado principalmente.

Transcurrió un largo e intenso momento mientras ambos se miraban desde los dos

extremos del recibidor. ¿Qué se decían marido y mujer después de haber estado tanto tiempo separados? Jana decidió dejárselo a Brandon. Después de todo, era él quien le había pedido que volviera a casa.

—Tienes buen aspecto —dijo Brandon.

Su voz le provocó un escalofrío por la espina dorsal al recordar la primera vez que escuchó su voz.

Ella estaba entonces en la sala de las visitas de una amiga, y se sonrojó por completo. Brandon, alto y robusto en medio del delicado mobiliario, le había parecido tan guapo que pensó que no sería capaz de pronunciar ni una sola palabra. Pero una vez más, Jana apartó de sí aquel recuerdo y respondió:

—Tú también

Su tono sonó igual de neutral que el de Brandon. Parecía como si ambos se hubieran encontrado con un conocido cuyo nombre apenas pudieran recordar.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó Brandon.

—Tranquilo

—¿Y el trayecto en ferrocarril?

—Sin incidencias.

—¿Tu tía se encuentra bien?

—En excelente estado de salud, gracias —replicó Jana.

La conversación se paró, pero aquel momento tan extraño que estaban viviendo siguió adelante. Jana no esperaba que su esposo se lanzara a sus brazos, le confesara su amor y le expusiera cuánto había lamentado lo ocurrido y le ofreciera una disculpa; pero había visto a Brandon saludar con más afecto a un conocido de trabajo.

—Será mejor que entremos en mi despacho —sugirió Brandon haciendo un gesto con la mano.

No había razón para no hacerlo. Después de todo, no podían hablar de su situación en el vestíbulo. Charles había desaparecido, como hacían siempre los mayordomos, pero Jana estaba segura que tanto él como otros miembros del servicio estaban escuchando a hurtadillas. Y sin embargo, al entrar en la casa en compañía de Brandon, Jana sintió que las palmas de las manos se le humedecían y se le ponían los nervios de punta.

El calor del cuerpo de Brandon la envolvió cuando cruzó el vestíbulo y él se colocó a su

lado. Su aroma llegó unido al calor, despertándole una vez más los recuerdos. Avanzaron por el pasillo, y cuando pasaron por delante de la puerta del salón, Jana echó un vistazo al interior y entonces se detuvo y dejó escapar un gemido en voz alta.

La habitación que ella había empezado a decorar —igual que el resto de la casa—, estaba tal y como ella la había dejado catorce meses atrás. Una de las paredes estaba todavía a medio empapelar, había botes de pintura en una esquina y muebles cubiertos con telas ocupaban el centro de la habitación.

—¿Nunca terminaste el trabajo? —preguntó, incapaz de disimular la sorpresa en su tono de voz.

—No, por supuesto que no —respondió Brandon, como si no comprendiera la razón de que ella hiciera semejante pregunta.

Continuó avanzando por el pasillo, permitiendo que ella le siguiera. Cuando Jana entró en el despacho de Brandon, se sintió invadida por otra oleada de emoción. Aquella habitación, con sus pesados muebles de castaño, la alfombra verde y las cortinas a juego, había sido la primera en terminarse de la nueva

casa. El decorador, el odioso señor McDowell, se había encargado de ello. Nadie le había preguntado a Jana su opinión respecto al color o el mobiliario. De hecho, nadie le había preguntado su opinión respecto a nada. Pero iba a juego con Brandon. El despacho era su refugio. Cuando estaba en casa, allí era donde pasaba casi todo el tiempo. Era un espacio al que Jana apenas entraba.

Qué curioso que estuviera allí en ese instante, cuando tenía la intención de poner fin a su matrimonio.

Le resultaba imposible acercarse al sillón de cuero oscuro a sentarse. Se quedó de pie, con la mirada de los zorros acorralados, los osos furiosos y los leones de la montaña observándola fijamente desde el cuadro al óleo que había colgado.

—Veo que lo has dejado todo igual —no pudo evitar comentar.

Brandon miró de una pared a otra antes de clavar los ojos en Jana, que estaba delante de él, a unos cuantos metros.

—¿Por qué habría de haberlo cambiado? —preguntó frunciendo ligeramente el ceño.

Cierto. Brandon prefería, exigía, que las

cosas permanecieran siempre igual. Jana lo sabía demasiado bien.

Transcurrió un largo silencio hasta que Brandon volvió finalmente a hablar.

—Bueno —dijo con brusquedad—, ya estás en casa otra vez. Eso es lo importante. Ya podemos dejar atrás toda esta tontería y…

—¿Tontería?

—Sí —continuó él frotándose las palmas de las manos—. Vamos a olvidar lo que hiciste y a seguir con nuestras vidas.

Jana, estupefacta, se limitó a mirarle fijamente. Se sentía incapaz de hablar. Brandon se acercó a su escritorio y comenzó a revisar sus papeles.

—Querrás continuar con la decoración de la casa y retomar donde lo dejaste tu participación en las organizaciones femeninas de la ciudad. Los criados han hecho un buen trabajo, pero esta vez tendrás que vigilarlos más de cerca. Hay invitaciones y correspondencia que debes revisar antes de…

—¿Pretendes… Pretendes que vuelva a mis antiguas ocupaciones? —preguntó Jana sacudiendo ligeramente la cabeza—. ¿Crees que he regresado para eso?

Las manos de Brandon se detuvieron en los papeles y alzó rápidamente la vista.

—Bueno, sí.

—Ésa no es la razón por la que he venido —respondió ella—. Sólo estoy aquí para decirte que quiero el divorcio.

Brandon palideció al instante. Jana habló precipitadamente entonces para terminar con aquello de una vez, marcharse y no regresar jamás.

—Los abogados de mi tía lo están arreglando todo —aseguró. Brandon no dijo nada—. No tienes de qué preocuparte. No exigiré nada. Te puedes quedar con todo.

—No…

—Me aseguraré de que las cosas se hagan deprisa. Adiós, Brandon —dijo, y corrió hacia la puerta.

—¡No!

La ira que expresó la voz de Brandon obligó a Jana a pararse en seco. Se dio la vuelta. Con los puños apretados, los hombros rígidos y la mandíbula firme, Brandon la miró fijamente.

No esperaba que le dijera nada en absoluto. Pero tampoco contaba con que no estuviera de acuerdo. Después de todo, habían trans-

currido catorce meses, catorce largos meses sin ninguna comunicación en absoluto. Desde luego, Jana no esperaba la furia que reflejaba en rostro de su marido.

—¿Quieres… divorciarte? —Brandon rodeó el escritorio.

—Sí —respondió Jana armándose de valor.

Él no respondió, se limitó a seguir mirándola.

—He estado fuera demasiado tiempo —se apresuró a explicar Jana—. Somos unos desconocidos, prácticamente.

—No.

Jana exhaló un suspiro.

—Nuestro matrimonio está muerto.

—¡No!

—Tienes que enfrentarte a la verdad, Brandon —insistió ella tratando de conservar la calma que había luchado por conseguir durante aquellos catorce meses—. Esto se ha terminado.

—Estamos casados —le dijo él cada vez más furioso—. Tanto si te gusta como si no. Legalmente y ante los ojos de Dios, estamos casados.

—No necesito que me recuerdes los votos que pronuncié —aseguró Jana con ira.

—Alguien tiene que hacerlo —le espetó Brandon—. Antes de que vuelvas a escaparte.

—No merezco que me hablen como si...

—¡Y catorce meses atrás, yo merecía que me dijeras a la cara que te ibas!

—¡Tardaste dos días en darte cuenta de que me había marchado!

Aquello hizo que se callara. Brandon dejó escapar el aire e inclinó la cabeza primero hacia un lado y luego hacia el otro para liberar la tensión del cuello.

—Por si no te acuerdas, en aquel momento tenía pendiente cerrar un acuerdo crucial para mis negocios —explicó con voz tensa—. Me reunía a primera hora de la mañana y no terminaba hasta la noche. No se me ocurrió mirar en el dormitorio de mi esposa para ver si se había marchado.

Jana lo miró a los ojos pero no dijo nada. Su explicación resultaba razonable, pero aquello no aliviaba el dolor que había sentido entonces.

—Como te he dicho, estamos unidos por la

ley y también ante los ojos de Dios —continuó Brandon—. Nuestro matrimonio no termina sólo porque tú así lo declares.

Jana sintió un escalofrío de pánico.

—Hace meses que no nos vemos. De hecho, apenas nos conocemos.

—Entonces, ¿cómo sabes que nuestro matrimonio ha terminado? —inquirió Brandon mirándola a los ojos—. Ni siquiera le hemos dado una oportunidad.

Jana estaba decidida a no dejarse intimidar por él.

—No es tan simple, Brandon.

—Sí, sí lo es —aseguró él—. Y si nuestro matrimonio muere, al menos que lo haga después de que hayamos intentado hacer lo que debemos.

A Jana le temblaban las rodillas, pero ahora por una razón diferente. Nunca hubiera imaginado que Brandon se mostrara tan convencido de continuar con su matrimonio.

—Sólo dime que lo intentarás —a Jana le pareció percibir un tono de súplica en su voz—. Dame un mes. Cuatro semanas. Es lo menos que valen nuestros votos, ¿verdad?

Jana no respondió. ¿Cómo iba a negarse?

—Lo pensaré —dijo finalmente—. Te daré una respuesta mañana antes de la seis.

Aquella vieja costumbre había regresado antes incluso de que ella fuera consciente de ello. Las seis en punto. Ésa era la hora a la que Brandon siempre quería que regresara ella a casa. A las seis en punto.

—¿Lo prometes?

En su voz surgió un extraño matiz de vulnerabilidad, y durante un instante pareció herido y perdido. Jana sintió una punzada en el corazón, y deseó correr hacia él, tocarle la mejilla con la palma de la mano para tranquilizarlo. Pero al instante, la expresión de Brandon se endureció, y al corazón de Jana le sucedió lo mismo.

—Estaré aquí antes de las seis —aseguró—. Te lo prometo.

Brandon se limitó a asentir. Se quedó allí mirándola durante un instante, y Jana no supo qué hacer ni qué decir. Nada le parecía apropiado, así que se limitó a darse la vuelta para marcharse. Para su sorpresa, Brandon caminó a su lado por la casa y salió con ella a la entrada. Le hizo una seña al cochero que esperaba y le abrió él mismo la puerta del coche.

—Mañana te enviaré mi carruaje —aseguró Brandon.

—No es necesario.

Él hizo un gesto señalando al coche.

—No necesitas moverte de un lado a otro en transporte público. Te enviaré mi carruaje.

Jana le tocó el brazo, aunque no había sido ésa su intención.

—Te he dicho que mañana estaré aquí, y eso voy a hacer —le dijo.

Brandon apretó la mandíbula, pero finalmente asintió con la cabeza.

—De acuerdo, entonces.

Jana se subió al coche, ignorando adrede la mano que él le tendía para ayudarla. Brandon cerró la puerta y se quedó agarrado al picaporte.

La miró a través de la ventana abierta.

—Tiene que haber algo… Algo de nuestro matrimonio que te gustara.

—No.

—Algo que te gustara de nosotros….

Jana lo miró con dureza.

—Nada.

Brandon dio un paso atrás y le hizo una seña al cochero, que guió el coche hacia la calle.

Jana miró por la ventanilla cómo Brandon se quedaba en los escalones, siguiendo el carruaje con la mirada fija.

Ella se giró y se hundió en el asiento. ¿Cómo iba a vivir allí, en aquella casa, durante cuatro semanas? ¿Cómo se las iba a arreglar... si tenía el corazón en otro lado?

Tres

Las voces que se escuchaban al otro lado de la puerta del despacho llamaron la atención de Brandon. Agradecido por la distracción, cerró el libro de contabilidad que tenía delante, encima del escritorio. De todos modos, no podía concentrarse en los números.

Brandon escuchó cómo la voz de su secretario, el señor Perkins, se alzaba en tono de protesta. Pero sabía que Perkins podía manejar cualquier situación, y él no tenía energía aquel día para enfrentamientos.

Desde que recibió el telegrama de Jana avisándole de su llegada, había dormido muy poco. Su esposa había vuelto, y todo volvería a la normalidad. Brandon se recostó en la silla. Aquellos catorce meses de separación la

habían cambiado de un modo sutil. Estaba todavía más hermosa. La deseó en cuanto la vio en el vestíbulo, la había deseado aunque ella le pidiera el divorcio. Brandon gruñó en voz alta. Divorciarse. Qué tontería. Cierto que cuando se casaron Jana era joven y estaba muy mimada. Pero ahora...

La puerta del despacho se abrió de golpe y el señor Perkins entró precipitadamente pegado a los talones de la mujer que, sin duda, había sido la causante de la anterior conmoción.

—Vamos a ver, señora —bramó Perkins con el rostro colorado por la congestión—. No puede usted entrar aquí empujando. Le he dicho que el señor Sayer no recibe a nadie sin cita previa, y usted no...

—¿Desde cuándo necesito yo una cita? —Leona Albright le lanzó la pregunta directamente a Brandon. Sus palabras fueron un susurro seductor que lo obligaron a ponerse de pie.

—Se lo he advertido, señor Sayer —le dijo el señor Perkins—. Pero ella no ha querido atender a razones. Esta mañana le he dicho al joven del periódico lo mismo. Al señor Fisk.